

FORTIFICACIONES Y ASPECTOS MILITARES EN EL CAMPO DE GIBRALTAR

Ángel J. Sáez Rodríguez / Instituto de Estudios Campogibraltares

INTRODUCCIÓN

El *Siglo de las Luces* fue, tanto o más que cualquier otro, el de las guerras. Considerando tan sólo los innumerables conflictos bélicos que azotaron a Occidente, los hechos de armas que se centraron en el asedio de enclaves fortificados se cuentan por decenas, si bien pocos alcanzaron el renombre de los que tuvieron por objeto la conquista del peñón de Gibraltar, su ciudad y sus defensas. El caso de Gibraltar resulta especialmente conocido porque los cuatro asedios que sufrió en el siglo XVIII se saldaron positivamente para las armas británicas, acontecimientos exaltados por la historiografía inglesa de forma extraordinaria hasta eclipsar otros coetáneos de similar enjundia, situación comprensible por la pervivencia del conflicto diplomático hispanobritánico sobre la soberanía del peñón calizo durante trescientos años.

A pesar del desarrollo de tantas guerras, se procuraba dirimir los conflictos con el menor derramamiento posible de sangre, de acuerdo con ciertos principios filantrópicos auspiciados por el pensamiento ilustrado y, sin duda, por el pavoroso recuerdo de la Guerra de los Treinta Años, que había asolado Europa en la primera mitad del XVII. Por el contrario, en el XVIII se redujeron significativamente los enfrentamientos en campo abierto entre grandes ejércitos, centrándose las campañas en una guerra de posiciones que fuera, dentro de lo posible, "limpia". Pero fue, además, una época de guerras muy tradicionales, en las que los usos establecidos primaban sobre cualquier forma de innovación o iniciativa particular. Las genialidades de Horacio Nelson, ya en el cambio de siglo, sólo fueron admitidas por el almirantazgo y la sociedad británicas por los contundentes éxitos que conllevaban. Y aún así, los recelos fueron muchos. La tradición pesaba en forma de rígidas ordenanzas y reglamentaciones, estricto comportamiento en las tácticas y formaciones en batalla, caballerescas obligaciones para con heridos y prisioneros y una exhaustiva normativa a la hora de imponer asedios a las plazas enemigas. En su conjunto, impidieron tanto la innovación en el "arte de la guerra" como redujeron su efecto mortal para soldados y paisanos.

Todos estos planteamientos, referidos a principios generales de tipo ético, resultan difíciles de casar con comportamientos particulares que, en el fragor de la batalla, ponían en cuestión los ideales ilustrados antes referidos. Son innumerables los ejemplos de fórmulas empleadas por los bandos implicados que ilustran precisamente lo contrario, pero que, a su vez, no son sino ejemplos patentes de que el objetivo de un ejército ha sido con frecuencia el alcanzar su objetivo táctico, sin detenerse en demasiadas consideraciones respecto a los medios a utilizar. En torno a Gibraltar, los casos de barbarie, más o menos refinada, impregnan las páginas de los cronistas que dejaron testimonio de las guerras libradas en ese siglo XVIII para su dominio. Episodios conocidos del Gran Asedio que ilustran esa actitud fueron el bombardeo sistemático por las baterías españolas del norte de la ciudad de Gibraltar, hasta arrasarla por completo, privando a soldados y paisanos de sus hogares; la adaptación de proyectiles que explosionaban en el aire, realizada por el capitán Mercer de la artillería británica como antecedente del sanguinario *shrapnel* empleado en la Guerra de la Independencia, buscaba causar el máximo daño

posible a los zapadores españoles que abrían trincheras y paralelas en el istmo; los ataques nocturnos de las cañoneras de Barceló, en una suerte de guerra psicológica que impedía conciliar el sueño a la guarnición enemiga o relajar la terrible tensión acumulada por los duelos artilleros sufridos durante el día. En el asedio hispano-francés de 1704, la degollina y despeñamiento de los soldados españoles que ocuparon las alturas del Peñón junto al coronel Figueroa obedecen a un episodio de guerra sin cuartel. Y serían numerosos los ejemplos que podrían citarse.

SE ESTABLECE EL MITO DEL PEÑÓN INEXPUGNABLE

A la vez que Gibraltar era ocupado por fuerzas angloholandesas en agosto de 1704, la plaza española de Ceuta seguía resistiendo un asedio verdaderamente histórico (ilustración 1). Como consecuencia de las conquistas territoriales desarrolladas por los marroquíes a finales del siglo XVII, la ciudad del Hacho sufrió bloqueo terrestre y ataques reiterados desde 1694. Muley Ismail sostuvo aquella inaudita situación durante 33 años, recogida con extraordinaria fidelidad por célebres cronistas, como Alejandro Correa de Franca.¹ La ineficaz acción marroquí se explica por las magníficas defensas y organización de la plaza española, la irregularidad del ejército atacante y su escasa artillería, tarea en la que cañones y militares ingleses jugaron un importante aunque poco decisivo papel. La situación se mantuvo hasta enlazar con el segundo asedio borbónico al Peñón, el de 1727, cuando la muerte del sultán marroquí conllevó el levantamiento del asedio. Este extraordinario hecho de armas apenas si ha trascendido el ámbito local, cuando pudiera considerarse uno de los más relevantes de su época. Pero el eco de los acontecimientos del Peñón y el uso interesado que de ellos se ha hecho ha causado, indirectamente, su desconocimiento u olvido. Y eso que la relación entre Ceuta y Gibraltar era muy intensa, dicho sea de paso, ya que desde el Gibraltar español se mantuvo siempre el aprovisionamiento de víveres, pertrechos y tropas a la ciudad hermana del otro lado del Estrecho, hasta que los acontecimientos de 1704 impidieron su continuidad.

A mitad de siglo, la Guerra de los Siete Años, con escenarios europeos, americanos e indostánicos, no abundó en este tipo de operaciones, pero los conflictivos años de finales de la década de 1770 y comienzos de la siguiente menudearon en asedios y conquistas de plazas de cierta relevancia. En aquella época fue muy comentado el asedio por parte del general George Washington del Boston controlado por los británicos, en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Duró nueve meses, desde que sus defensores fortificaron la península de Chalestown en junio de 1775 hasta que la guarnición abandonara la ciudad en marzo de 1776, con destino a Halifax. El ataque corrió a cargo de un centenar de piezas de artillería, siendo las fuerzas en presencia de unos 20.000 norteamericanos frente a los 12.000 casacas rojas y lealistas, números cercanos a los del Gran Asedio de Gibraltar. Pero la fama de aquel hecho de armas, de mayor intensidad simbólica que práctica a juzgar por las dos docenas de hombres que Washington perdió en todo ese tiempo, quedó pronto eclipsada por las noticias acaecidas en el sur de España.

Mobila o Mobile, en Alabama, Florida occidental, fue conquistada por los españoles en cuestión de horas. La artillería de Bernardo de Gálvez abrió brecha en el castillo *Charlotte* al poco de iniciar su bombardeo, siendo capturada la posición por el asalto de sus granaderos, sin que las tropas de refuerzo de Campbell, que se encontraban cerca, alcanzaran a impedirlo. El mismo general español tomó acto seguido Pensacola, resarciendo a su país de su reciente pérdida. El duque de Crillon triunfó en Menorca, en unas pocas semanas, para desesperación de Londres ante tantos reveses y júbilo de sus enemigos (ilustración 2). Pero la exitosa defensa de Gibraltar entre 1779 y 1782, difundida por diversas publicaciones monográficas que resumían tantos meses de asedio, combates y privaciones, así como centenares de mapas, dibujados o grabados, consolidaron el mito de aquella montaña inexpugnable sobre la que ondeaba la *Union Jack*.

¹ Correa de Franca, A., *Historia de la mui noble y fidelissima ciudad de Ceuta*, Ciudad Autónoma de Ceuta, M^a Carmen del Camino (ed.), 1999.

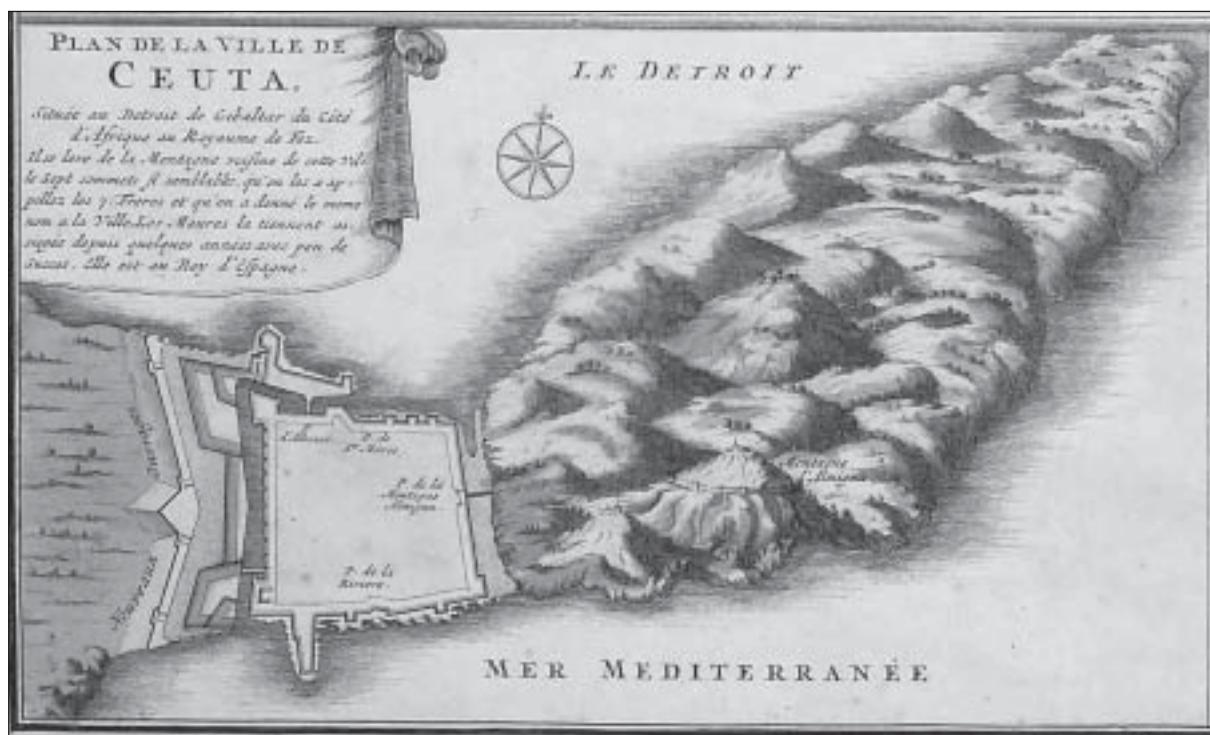


Ilustración 1. Ceuta en 1706, cuando resistía el larguísimo asedio de Muley Ismail. Detalle de *Biblioteca Nacional de Francia* (BNF), DCP Ge DD 3240, *Plan de la ville de Gibraltar située au Déroit de ce nom*, de Nicolas Visscher.



Ilustración 2. Mahón en 1756, cuando fue conquistada a Inglaterra por los franceses. Devuelta a Londres, sería conquistada por Crillon en 1782. Detalle de BNF, DCP Ge DD 11 (42), *Plan du port et ville de Mahon, du fort St. Philippe et ses fortifications*.

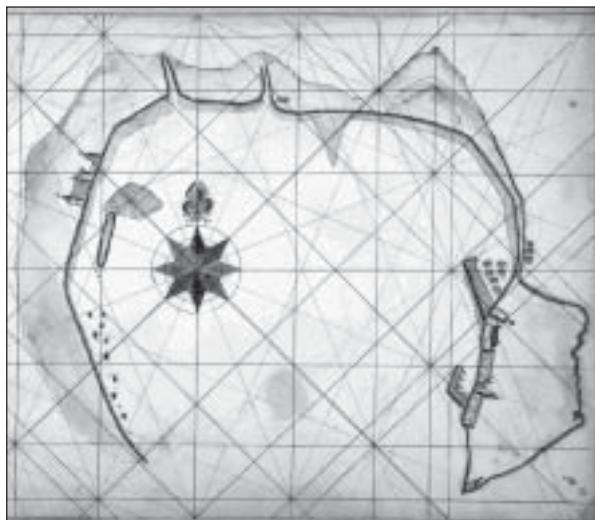


Ilustración 3. La bahía de Algeciras o de Gibraltar hacia 1680, según *la British Library* (BL), Add. Ms. 15.737, en la que Algeciras figura como población murada y almenada, con soldados en sus adarves, a pesar de que se encontraba en ruinas y supuestamente despoblada desde el siglo XIV.

UNA PRESA APETECIDA

El interés que venían mostrando ingleses y franceses por Gibraltar desde el siglo XVII da buena cuenta tanto de su relevancia estratégica como, a partir del Dieciocho, del interés diplomático y simbólico de su posesión por el actual Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.² En 1625 se manejaba en Londres un proyecto de ocupación del Peñón, recuperado en tiempos de Cromwell (1656). En 1661, en Tánger, Bernardino de Manzanedo y Bohórquez tuvo noticia de un plan para capturarlo. Estos proyectos siguieron produciéndose hasta el estallido de la Guerra de Sucesión española, con los resultados ya conocidos. En Francia, un documento de 1680³ expone los puntos débiles de sus defensas, atacadas en junio de 1693 por una flota de Luis XIV mandada por el almirante marqués de Coëtlogon.

Las raíces de este interés se hunden en tiempos pretéritos, ya que al finalizar el Medievo, el estrecho de Gibraltar mantenía el papel estratégico de puente, más que de frontera entre

la Península y Berbería, que había ejercido durante siglos. Potencias emergentes del Mediterráneo como Francia, el imperio otomano o los estados italianos tenían el Estrecho como vínculo esencial de sus rutas comerciales marítimas con el resto del globo lo que, unido a la insegura navegación por las proximidades del norte de África, dada la plaga endémica de piratas que anidaba en sus costas, hacía de las plazas fuertes del mediodía español lugares de especial interés. Pero, desde el acceso de la casa de Austria al trono español, la vocación americana de su imperio fue dando la espalda al Magreb, a la par que las potencias emergentes dejaron ver los pabellones de sus navíos por estas aguas. Las enseñas de Inglaterra y Francia se vieron alternadas, cada vez con mayor frecuencia, con la de los Países Bajos, cuyos zarpazos se sufrieron también en el Gibraltar español, según ocurriera en 1607 con la de Heemskerck frente a la del almirante Álvarez Dávila. Era, quizás, el ajuste de cuentas de la derrota en toda regla que, en 1574, propinó la reducida escuadra de Fadrique de Toledo a una flota holandesa de 31 barcos que cruzaba el Estrecho.

La bahía de Algeciras se había convertido en bahía de Gibraltar desde que la ruina de aquella ciudad en el siglo XIV traspasó a la del Peñón la hegemonía urbana y administrativa de la orilla norte del Estrecho, época en que fue conformándose la toponimia de su entorno que ha llegado hasta nosotros (ilustración 3). Pero, con el establecimiento inglés en Gibraltar, el renacer algecireño y la fundación de San Roque y Los Barrios, la designación geográfica empezó a tener interés político, empleándose de una manera u otra según las apetencias del hablante. Mientras la cartografía anglosajona habla invariablemente de Bay of Gibraltar, la española rehuye tal denominación desde fechas tempranas del siglo XVIII. El marqués de Verboon, todavía en 1722, titula *Mapa de la bahía de Gibraltar* a uno de sus trabajos,⁴ mientras que escribe

² Así existe desde 1922, por la segregación del Eire. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda nació en 1800, mientras que el Reino de Gran Bretaña procede de 1707, por el Acta de Unión de Inglaterra con Escocia.

³ BL, K.Top 72.19, *A small colored plan of the promontory of Gibraltar and the opposite coast of Africa*, 1680.

⁴ CEGET, Doct° G-9°-5°-971, *Mapa de la bahía de Gibraltar con el proyecto para ocupar y fortificar las Algeciras*, J. P. de Verboon, 1722 y AGS, MPyD X-93, *Mapa de la bahía de Gibraltar. Que comprende la situación del Monte y Plaza de este Nombre, con la de las antiguas y derruidas Ciudades de las Algeciras*, J. P. de Verboon.

Plano de la bahía de Algeciras en otros coetáneos.⁵ El topónimo se fue transformando conforme se tomó conciencia de que el Peñón podría ser posesión británica durante mucho tiempo, especialmente a partir de la muerte de Felipe V, quien durante su vida siempre acarició la idea de recuperarlo para sus estados. Pero tanto autores extranjeros,⁶ como españoles,⁷ siguieron empleando la designación "de Gibraltar" durante décadas.

Sin embargo, la realidad material del Peñón permaneció invariable, con la salvedad del proceso fortificador que se fue desarrollando sobre el mismo. Aquella enorme roca caliza, prácticamente inaccesible por su cara este, ha visto basarse su poblamiento y fortificación en la ladera occidental, la zona más interesante desde una óptica poliorcética: con esta ubicación podía interrumpirse el paso desde su único acceso terrestre, el istmo arenoso que discurría entre su tajo norte y Sierra Carbonera. Ante él se estableció el principal frente fortificado, el septentrional, mientras que la ciudad sería progresivamente cercada por el litoral y Punta Europa, quedando tardíamente cerrada por el sur.



Ilustración 4. Recintos medievales de Gibraltar: 1-La Barcina; 2-Villa vieja; 3-Alcazaba; 4-La Calahorra; 5-Antemuro que defendía la Puerta de Granada (señalada con una flecha). Adaptación de BL, Mss. Add. 15.152-5, fol. 14, *El frente de Gibraltar a la Bahía, desde la Puerta de la Mar hasta el Baluarte de Nuestra Señora del Rosario*, Luis Bravo de Acuña, 1627.

LA FORTIFICACIÓN DE GIBRALTAR

Aunque la fortificación del Peñón abarca prácticamente toda su superficie, la zona más interesante por lo profuso de sus defensas es la septentrional donde históricamente se ha concentrado su poblamiento. La alcazaba islámica, fundamentalmente de tapial, se vio pronto ampliada por el recinto adosado de la villa vieja, cuya Puerta de Granada era el principal acceso, por lo que se le dotó de antemuro previo sobre las primeras estribaciones de la montaña (ilustración 4).

Cuando la franja costera fue poblándose y dispuso de unas atarazanas, se amuralló lo que sería después el barrio de la Barcina, cuya cerca fue continuada hacia el sur por Abu-I Hasan y Abu-I-Inan en el siglo XIV. El proceso se reanudó de una forma contundente en el Renacimiento, de manos de los

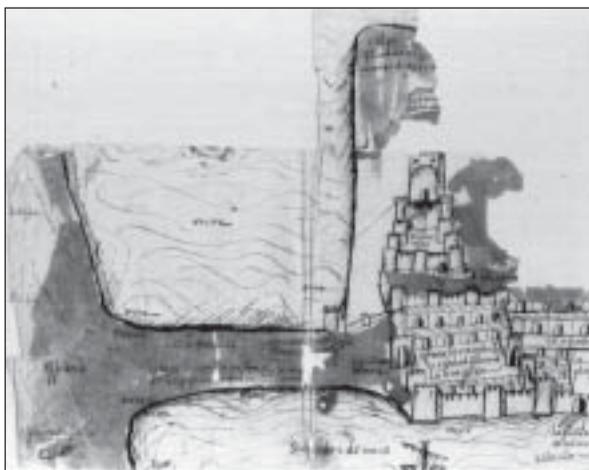


Ilustración 5. Real Academia de la Historia, 11/8168, *Vista de Tarifa* (debe decir *Vista de Gibraltar*), sin fecha, aunque parece responder al final de la primera mitad del siglo XVI.

⁵ AGS, MPyD X-94, *Plano de la Bahía de Algeciras*, J. P. de Verboon y MPyD XXII-79, *Plano de la bahía de Algeciras, también de J. P. de Verboon*.

⁶ IHYCM, sign. 3-5-8-1, Doct. N.º 3731, Rollo 34, A. de Vairac, *Descripción Topográfica del Monte, Plaza y Bahía de Gibraltar*, hacia 1730.

⁷ CEGET, Doct. N.º 990, Armario G, Tabla 9ª, Carp. 5ª, J. Caballero, *Plano de Gibraltar con la Línea de Contravalación y la dirección de los ataques en el caso de sitiarse esta Plaza*, 1779.

ingenieros reales, aunque los elementos esenciales de su fortificación habían quedado definidos ya en época medieval, desde la fundación almohade del siglo XII (ilustración 5).

Vanden Wyngaerde dejó magnífica constancia del frente defensivo norte en el siglo XVI, reflejando tanto sus elementos medievales originarios como los nuevos de época renacentista. La gran torre meriní adoptó carácter meramente residencial, y siguió dominando el conjunto de la alcazaba, entonces considerada ciudadela; la muralla en zigzag que baja hasta la Puerta de Tierra en la Barcina, fue siendo reforzada con plataformas artilleras. Sus lienzos y torres, ya en la breve llanura costera, continuaban hasta North Bastion o San Pablo, torciendo allí hacia el sur, hasta la Puerta del Mar, la Water Gate convertida en el siglo XIX en el acceso actual. La Puerta de las Atarazanas desapareció hacia 1600, en tiempos de Alonso Hernández del Portillo (ilustración 6). Este frente norte evolucionó conforme exigían las nuevas normas de la pirobalística, si bien no se ha podido constatar si ante sus murallas existió un foso en la Edad Media, precedente del actual.

La gran torre esquinera que se asoma al fondeadero de la Bahía era un elemento clave de este dispositivo defensivo. Encargada en el Medievo de proteger el ángulo noroeste de la plaza, conocemos su imagen a principios del siglo XVI, en el XVII y en el XVIII, cuando los ingenieros británicos la convirtieron en el bastión que hoy puede contemplarse. Se la ha llamado de San Pablo, San Sebastián, Canuto, Cañuto y North Bastion, pero nunca ha sido la Giralda como aún se mantiene en Gibraltar.

Junto a él, la muralla de San Bernardo, nombre derivado de la conquista de la plaza al Islam el 20 de agosto de 1462, después conocida, en época inglesa, como Royal Battery. Hacia 1625 fue profundamente remodelada y en el siglo siguiente, debido a los serios daños sufridos en los asedios españoles, fue forrada de sillares calizos, hasta alcanzar su aspecto actual (ilustración 7).

Todos estos elementos constructivos se alían con la geografía para presentar una imagen sobrecogedora del conjunto septentrional del Peñón ante quienes se le acercan desde el norte, por el istmo. Así lo expresó el director general de ingenieros de España en el Gran Asedio, Silvestre Abarca, con la frase: "Yo cada día miro este monte por todas partes y por cada una me parece diferente, pero por todas presenta muy mala cara". Descripción realista de la montaña que habría de verse más combatida a lo largo del siglo XVIII, en la que la topografía se ha aliado con el hombre desde tiempos remotos para crear un complejo defensivo prácticamente inexpugnable cuando se encuentra debidamente defendido.

EL PEÑÓN COMO BAZA DIPLOMÁTICA

Gibraltar es actualmente un problema y durante siglos ha sido un mito. Y no aludo al mito en relación a las tradiciones legendarias de las Columnas de Hércules, de su deseado poblamiento en época romana o de sus pretendidas torres cartaginesas. Me refiero a las opiniones abonadas concienzudamente respecto a su inexpugnabilidad, que han consolidado una imagen simbólica que, cuando se analiza con detalle a la luz de los datos históricos objetivos, no pueden menos que ser relativizadas.

Para entender plenamente el fenómeno del Gibraltar británico, no debe olvidarse un protagonista frecuentemente dejado de lado en las interpretaciones simplistas de la cuestión: se trata de Francia. Ratificando un dicho de Luis XIV, un sector destacado de la política inglesa del siglo XVIII sostenía que la posesión por su país de Gibraltar era el más poderoso de los lazos que mantenían la alianza de España y Francia. Era, obviamente, la facción más interesada en que el Peñón se convirtiese en objeto de trueque con España, lo que se planteó en distintas ocasiones en aquella época. Durante el siglo XVIII España mantuvo una alianza permanente con sus vecinos galos, a pesar de que, con frecuencia, dicha relación pesaba gravemente sobre los intereses hispanos, sin que pareciese que pudiera reportarle grandes beneficios. Desde la entronización de la casa de Borbón en España a la muerte de Carlos II, la desigual relación entre ambos estados se hizo patente en



Ilustración 6. Frente Norte según Van den Wyngaerde en 1567. La Puerta de las Atarazanas o del Mar se marca con un círculo. Österreichische Nationalbibliothek de Viena, *Gibraltar*, detalle de boceto, Viena 65°.



Ilustración 7. *North Bastion*, originalmente Baluarte de San Pablo, en la esquina noroeste de las defensas gibraltareñas.

distintas ocasiones. Felipe V no tuvo que sostener la Guerra de Sucesión contra la gran alianza de Inglaterra, Austria, Holanda, Saboya y Portugal por su condición de rey de España, sino por la de nieto de Luis XIV de Francia. En consecuencia, como es sabido, España perdió sus posesiones europeas (Flandes, Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña), además de Sacramento en América. También, y quizás peor, se vivió en cierto modo una guerra civil que sólo terminó oficialmente con la toma de Barcelona por los ejércitos borbónicos el 13 de septiembre de 1714.

Después vendrían los "pactos de familia" para consolidar la relación dinástica a través de los Pirineos. El primero, en 1733 entre Felipe V y Luis XV (su sobrino), por el que Francia ratificaba la reivindicación española de Gibraltar; el segundo, en 1743, con los mismos monarcas y las mismas pretensiones de cooperación contra el enemigo común. Si los anteriores no tuvieron consecuencias decisivas, el tercero, en 1761, entre Carlos III y Luis XV (su primo hermano), sí las tuvo. España se vio implicada en la Guerra de los Siete Años cuando Francia ya estaba derrotada por Inglaterra. El enemigo ocupó en este conflicto Florida, La Habana y Manila, conquistando España tan sólo Sacramento a Portugal. La Paz de París de 1763 permitió la cesión francesa a España de la Luisiana y la recuperación de La Habana y Manila, a costa de devolver Sacramento y sancionar la pérdida de Florida incluyendo la bahía de Pensacola y el fuerte de San Agustín. Las pretensiones españolas al firmar el Tercer Pacto de Familia quedaron absolutamente defraudadas: no hubo ningún intento respecto a Gibraltar, mientras que Menorca, arrebatada a Inglaterra en 1756 por los franceses, fue devuelta a Londres sin que París prestara oídos a las reclamaciones españolas.

Pero si estos antecedentes de la alianza hispano-gala con la esperanza de recuperar las plazas perdidas no fuesen suficientes, en 1779 se signó el convenio de Aranjuez entre ambas naciones. De nuevo, Madrid actuaba por la inquina que profesaba a su eterno enemigo inglés, pero hacía un flaco favor a sus intereses a medio plazo. Respaldando la independencia norteamericana se promovía un peligroso modelo para sus propias colonias en el Nuevo Mundo. Al margen de este importante detalle, la guerra, que se habría de prolongar hasta 1783, también acabó sin la conquista de Gibraltar. En la Paz de Versalles (3 de septiembre de 1783), España ratificaba la recuperación de Menorca y de Florida.

El saldo del manejo del Peñón como baza negociadora era claramente favorable para Francia después de todo un siglo de guerras, por lo que no debe extrañar que su diplomacia interfiriese, siempre que pudo, cuando el asunto pudo tratarse entre Londres y Madrid. Así ocurrió al finalizar el Gran Asedio, cuando el ministro francés de Exteriores, conde de Vergennes, en colaboración con el francófilo conde de Aranda, intoxicó la comunicación entre ambas partes para que no se alcanzara ningún acuerdo al respecto. El propio Jorge III hubiera preferido desprenderse de Gibraltar y conservar Menorca y algunos enclaves americanos, pero la paz, finalmente, se firmó en los términos ya expuestos.⁸

⁸ G. Hills, *El peñón de la discordia. Historia de Gibraltar*, Madrid, Editorial San Martín, 1974, págs. 414 y ss.

LA LUCHA POR GIBRALTAR EN EL SIGLO XVIII

En el verano de 1704, la armada angloholandesa llegó a la bahía de Algeciras como una formidable fuerza de 61 buques de guerra, entre ellos seis fragatas de Holanda, totalizando más de 4.000 cañones. Su dotación era de 9.000 soldados de infantería para efectuar el desembarco y más de 25.000 marineros. La escuadra venía mandada por el almirante británico Rooke y traía, como representante del candidato austríaco, al príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt. Gibraltar, como poco antes Ceuta, se pronunció a favor de Felipe V, afrontando un ataque, para lo que no disponía de tropas. El gobernador de la plaza era el general Diego de Salinas que contaba con un centenar de soldados, reforzados por 300 miembros de la milicia local y 100 cañones. Aunque algunos de éstos se encontraban inútiles, el principal problema es que en la plaza sólo había seis artilleros. El plan de ataque siguió lo anunciado por el ingeniero Andrés Castoria en 1625, explicándolo como sigue:

Podría ser que el enemigo desembarcase su gente en la misma Bahía, tan distante que la artillería de la ciudad no les estorbara, y podrán marchar de noche y tomar el mar angosto de los arenales cerca de la ciudad, y allí atrincherarse guardando la campaña y a la otra parte de la ciudad, en modo de asedio, e impedir que por tierra no entre socorro de gente y bastimentos, y los navíos guardarán la mar.⁹

Cortado el acceso terrestre, el Peñón quedó incomunicado y fue atacado por la artillería naval. Se produjeron desembarcos al sur del recinto amurallado de la ciudad, en el muelle nuevo y en la caleta de San Juan, escasamente protegidos dada la debilidad de la guarnición. Aunque voló el fuerte del muelle nuevo, causando un notable quebranto entre los atacantes, sus defensas fueron rápidamente sobrepasadas. Allí, los ingleses se escudaron en civiles gibraltareños¹⁰ para que la guarnición del general Salinas desistiera de presentar mayor resistencia, entregándose la plaza con rapidez a pesar de contar con sus defensas prácticamente intactas, así como notable cantidad de provisiones "de boca y fuego". Después, Gibraltar se sostuvo fiel a Carlos III, el de Austria, entre 1704 y 1711,¹¹ produciéndose su "cesión forzosa", según su justo término jurídico, en Utrecht en 1713. Entretanto, una vez levantado el primer asedio borbónico, el propio archiduque visitó la ciudad en agosto de 1705, siendo recibido como Carlos III de España.¹²

De inmediato comenzó el primer asedio de Felipe V que, pese a estar secundado por fuerzas francesas, resultó infructuoso. Los ataques de 1704-1705 de Villadarias y Tessé resultaron infructuosos, a pesar del episodio del pastor Susarte, quien con unos infantes españoles alcanzó la cresta de la montaña, y del difícil asalto a el Pastel o Torre Redonda de febrero de 1705, cuando más próxima estuvo la recuperación de Gibraltar por España.

Similar balance supuso el intento de 1727, cuando, de nuevo por carecer del dominio del mar, los atacantes vieron una vez más malogradas sus intenciones. Los barcos de la Royal Navy, actuando tanto desde la Bahía como desde mar abierto, pudieron atacar de flanco las trincheras borbónicas abiertas en el istmo, haciendo realmente difícil los trabajos de aproximación por el mismo. Para contrarrestar este tipo de maniobras, entre otras razones, hacia 1730 se estableció la Línea de Contravalación, que habría de impedir las en el futuro.

⁹ Carta del ingeniero Andrés Castoria sobre el estado de Gibraltar y posibilidad de defenderse si la atacase el enemigo; Gibraltar, 3 de febrero de 1625, AGS, MT, Leg 925.

¹⁰ BL, Ms, Add. 10.034, Sch. 50.190, *Reports relating to Gibraltar, 1704-1770*, fols. 5 vto y 71. La información procede de una fuente tan fiable como William Skinner, que llegaría a ingeniero jefe de Gran Bretaña. Skinner estuvo destinado en el Peñón desde 1724 y recogió la noticia de dos oficiales de la Marina Real que participaron en los hechos relatados. El ingeniero añade: "Nor could they without this accident have taken the Town without raising Batterys for making a Breach in the South Polygon", es decir, en el Baluarte del Rosario (*ibidem*, fol. 5 vto.). I. López de Ayala, *op. cit.*, pág. 287, sólo menciona al respecto "las voces que llegaron a oídos de los defensores" y A. Correa da Franca, *op. cit.*, pág. 339, cita "la lástima de las mugeres expuestas al arvitrio de los enemigos".

¹¹ *Ibidem*, pág. 237. La versión inglesa es *Rock of Contention*, Londres, 1974. Esa situación de facto iba a adquirir respaldo jurídico desde la redacción de los preliminares de paz redactados en Londres en octubre de 1711.

¹² *Ibidem*, pág. 235.

FORTALEZAS ESPAÑOLAS FRENTE A GIBRALTAR

Conforme al proyecto de Jorge Próspero de Verboon, las costas de la Bahía y sus inmediaciones se llenaron de fuertes de artillería, de los que en la actualidad sólo nos quedan algunos planos, unas pocas ruinas y maquetas que rememoran recientes y aún impunes destrucciones de patrimonio en Algeciras, como la del Fuerte de Santiago. El programa fortificador hubo de continuar en las décadas siguientes, toda vez que la actualidad estratégica y bélica de la zona lo requería. El fuerte de El Tolmo, en obras durante largo tiempo para garantizar el mantenimiento de los suministros a Ceuta, constituye un claro ejemplo de este interés. Hoy sus restos continúan desmoronándose ante la desidia de las administraciones con responsabilidad de cara a su conservación y legado a las generaciones venideras.

Las defensas incluyeron obras oficiales y privadas, como castillos costeros y defensas urbanas, de lo que constituyen buenos ejemplos el fuerte de San Luis, defensa moderna de Estepona; el castillo señorial y almadrabero de Zahara de los Atunes o el de San Luis de Sabinillas, debido éste a la iniciativa particular de Francisco Paulino, en 1767, quien recibió de Carlos III, como compensación, la merced y retribución del mando de una compañía de caballería.¹³

También se levantaron torres-hornabeque para sostener artillería, de característica planta en herradura, frecuentes en la costa mediterránea de Andalucía, y casas-fuerte, como la de Cala Sardina, antecedente de los cuarteles costeros de carabineros y guardias civiles.

Finalmente, las viejas torres almenaras, que siguieron prestando un eficaz servicio como atalayas de vigía costera desde las que dar aviso de la aproximación de embarcaciones amigas o enemigas, más tarde aprovechadas como elementos de vigilancia fiscal.

En el Peñón, la conquista de Hesse y Rooke de 1704 se basó en el desembarco exitoso al sur del núcleo urbano, donde se encuentran los Arenales Colorados, extendidos hasta las inmediaciones del muelle nuevo. En aquella zona, los elementos de su fortificación desde el Medioevo eran la muralla litoral y la Torre del Tuerto, mejoradas por los españoles con otros nuevos, como las murallas de Calvi o de Carlos V, baja y alta, y su puerta; la muralla morisca o del Fratino; los baluartes que lo defienden, el muelle nuevo, que protegía un fondeadero alternativo al de la zona norte, el cual quedaba controlado por el enemigo que pudiese tomar el istmo, y el fuerte del Tuerto o del muelle nuevo, cuyo polvorín estalló en el ataque de agosto de 1704, causando numerosas bajas entre los marinos ingleses.¹⁴

En el siglo XVI, tras la concurrencia de los principales ingenieros reales y la inversión de ingentes cantidades de recursos, este frente sur de la plaza adoptó sus caracteres más conocidos, donde el baluarte del Rosario era su elemento más destacado correspondiente al de San Pablo de su esquina noroeste; los no menos interesantes, por su tradicional desconocimiento, reducto de Santa Cruz y plataforma de Santiago, después conocida como Flat Bastion, situados ambos en un terreno muy escabroso, además de sus características puertas de España o de Tierra al norte y de Carlos V, hoy integrada en South Port Gates al haber perdido su carácter defensivo. Todos ellos son elementos perfectamente reconocibles aún en nuestros días. En esta latitud se encuentran los Tarfes, altos y bajos, continuando el territorio hasta Punta Europa.

La muralla litoral, de origen medieval, continuaba hasta la Punta del León o Great Europa Point. Discurría sobre las calas de San Juan (así llamada en 1617, por la ermita de San Juan el Verde) o Rossia Bay, la de los Remedios (por la ermita de Ntra Sra de los Remedios) o Camp Bay, la del Laudero, Europa o Little Bay y Punta Europa, con su afamada ermita.

¹³ A. J. Sáez, Rodríguez, "El Campo de Gibraltar tras el Gran Asedio. Estado de su defensa en 1796", *VII Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar (Castellar de la Frontera-2002)*, *Almoraima*, vol. 29, Algeciras, 2003.

¹⁴ A. Correa de Franca, *op. cit.*, pág. 339, que explica: "Don Juan Chacón, que había servido en Ceuta de cabo de granaderos, puso fuego al almacén de la pólvora, cuyas ruinas perdieron algunas lanchas e ingleses". I. López de Ayala, *op. cit.*, pág. 286, sitúa erróneamente estos hechos al norte, en el muelle viejo.

En conjunto, la plaza de Gibraltar respondía al esfuerzo de siglos por reducir a fortaleza regular abaluartada una esencialmente irregular, apoyada en la ladera de la montaña, a la que se añaden obras exteriores al objeto de mantener alejadas a las fuerzas enemigas, sometidas a un eficaz tiro de flanqueo. Este flanqueo sería mucho más contundente si el avance de los atacantes alcanzaba y superaba la laguna, entre la línea defensiva adelantada al pie de la montaña y la Puerta de Tierra, donde podrían ser batidos también por la espalda.

ASPECTOS DEL GRAN ASEDIO (1779-1783)

Aquel magnífico complejo defensivo tendría que afrontar su mayor reto en el llamado Gran Asedio de Gibraltar, entre 1779 y 1783, durante los reinados de Carlos III de España y Jorge III de Inglaterra, iniciado por las fuerzas de Álvarez de Sotomayor, comandante general del Campo de Gibraltar. Las acciones terrestres tuvieron que afrontar las defensas de la montaña por el norte, iniciadas por los británicos a principios de siglo cuando se emplazó la batería de Willis, a veces citada como "de Ulises". Estaban formadas por varias líneas, escalonadas en los diferentes niveles del Peñón, así como por las del frente de tierra, cuyos elementos integrantes han sido ya citados. Esta línea penetraba en las aguas de la Bahía con el muelle viejo, desde cuyos cañones se atacaba de flanco las avanzadas españolas, obligándolas a distraer su acción hacia este punto.

Este avance siempre estuvo supeditado, como en ocasiones anteriores, a poder abrir las trincheras que permitiesen la aproximación a las murallas de la plaza, para lanzar un asalto de infantería con alguna probabilidad de éxito. La acción ofensiva terrestre habría de partir de la Línea de Contravalación construida tras el asedio de 1727, que quedaba muy alejada de las defensas británicas para poder realizar un tiro artillero efectivo, de manera que se fueron adelantando paulatinamente las baterías atacantes por medio de dichas trincheras paralelas y sus correspondientes ramales de aproximación. Sin embargo, la eficacia de la artillería británica hizo inútiles los esfuerzos desplegados una y otra vez. Durante el Gran Asedio, ambos bandos trataron de establecer sus respectivos campamentos fuera del alcance de las balas enemigas. El británico se emplazó en Windmill Hill, mientras que el de las fuerzas de asedio se llevó a las laderas de Sierra Carbonera. No obstante, el fuego llamado "a bala perdida" los alcanzaba en ocasiones, siendo afectados, inclusive, los jardines del gobernador de Gibraltar y, con frecuencia, el campamento borbónico. Este multitudinario campamento español se ubicaba entre el actual polígono industrial de La Línea de la Concepción y las barriadas de Puente Mayorga y Campamento. Sus problemas, similares a los del enemigo, iban desde los suministros de agua, alimento y forraje para caballos, hasta los causados por las incesantes lluvias, que obligaron a sustituir las tiendas por barracas. El director de ingenieros, Silvestre Abarca, criticaba en marzo de 1780, cuando iba para un año del inicio del asedio, que aquella ciudad de circunstancias careciera de letrinas, estercoleros y calles.

En Gibraltar, hasta la sucesiva llegada de aprovisionamiento, las privaciones fueron terribles para guarnición y ciudadanos. La ciudad quedó arrasada, obligándolos a alojarse hacia el sur del Peñón, en improvisadas viviendas que eran hostigadas de noche por las cañoneras de Barceló.

Las operaciones tuvieron destacados dirigentes. La defensa estuvo encomendada a la férrea mano y la inflexible voluntad del general G. Augusto Elliott, que tuvo inicialmente como contrincante al general Álvarez de Sotomayor, reemplazado en 1782 por el héroe de Menorca, un francés nacido en el territorio papal de Avignon: el duque de Crillon-Mahón. Ambos ejércitos constaban de fuerzas multinacionales: las atacantes estaban integradas por tropas de Luis XVI (las brigadas francesa y alemana) y por otras del ejército español, formado por naturales de España (dentro de los que se distinguían por su peculiaridad las tropas ligeras catalanas y aragonesas, cuyos territorios fueron conquistados por las armas por Felipe V al finalizar la Guerra de Sucesión española), suizos, irlandeses, ingleses, flamencos o valones, italianos...; los defensores eran principalmente ingleses, aunque entre las fuerzas británicas también se contaban escoceses (brutalmente sometidos



Ilustración 8. El número y evolución de los enfermos de escorbuto en Gibraltar, tras el verano de 1782, dan buena cuenta de la terrible situación de la guarnición hasta la llegada del convoy de Howe (15-XI-82), a los 18 meses de haber recibido la ayuda de Darby. Sólo a las tres semanas de que Howe rompiera el bloqueo de Córdova deja de crecer el número de afectados por la enfermedad.

a Londres sólo 40 años antes, tras la derrota jacobita en Culloden) y alemanes del estado de Hannover, gobernado en el siglo XVIII por el rey de Inglaterra. Eran contingentes reducidos: unos 20 mil atacantes y menos de 10 mil defensores, mermados por la desertión, las enfermedades y, en menor medida, por las bajas en combate. La evolución de los enfermos de escorbuto en Gibraltar, tras el aprovisionamiento del almirante Howe, en octubre de 1782, permite hacerse una clara idea de cuál podría haber sido su evolución de no llegar esta flota de socorro (ilustración 8).

Los frecuentes episodios de desertión solían desencadenar duelos artilleros en apoyo o persecución del triste protagonista del incidente, que hubiera deseado la mayor de las discreciones. Sobre sus cabezas pendía la pena capital de ser capturados, ya que daban importante información al enemigo.¹⁵ Se conocen algunos ejemplos de su triste suerte.¹⁶ Por ejemplo, un cabo de "guardias españolas" que se pasó a Gibraltar el 18 de septiembre de 1781 tuvo la mala fortuna de que los ingleses le dieron pasaje en uno de sus buques para Portugal, desde donde entró en España, sin haber mudado su uniforme, siendo capturado y devuelto al Campo de Gibraltar y ejecutado. O un soldado walón al servicio de España, que fue rescatado del mar por los británicos en septiembre de 1782. Entonces decidió quedarse en Gibraltar, pero, dos meses después, no tuvo ningún empacho en fugarse a su antiguo ejército, declarando hacerlo porque los ingleses no habían cumplido las promesas que le habían hecho. La desertión más numerosa de las que se conocen desde el lado inglés fue la de la tripulación de una lancha de vigilancia costera, que arribó a Algeciras a finales de 1782 con una docena de soldados y marineros y un teniente de la Armada prisionero, ya que se había resistido al plan de sus hombres. No es menos llamativo el caso de un soldado irlandés que abandonó el ejército británico en Mahón, pasándose al regimiento de Francia *Royal Suedois*. En agosto de 1782, estando de servicio en las avanzadas españolas, se arrojó al mar y desertó, llegando a nado a Gibraltar.

No eran menos raros los casos de extrema cortesía, expresada en intercambios de prisioneros, que habitualmente y por ambas partes eran tratados con corrección, sobre todo cuando eran oficiales o mujeres, lo que no resultaba inusual. Tal es el caso del oficial de las guardias valonas capturado en un ataque británico contra las líneas españolas en noviembre de 1781, el barón de Von Helmstadt, que sufrió la amputación de una pierna y fue visitado por el propio gobernador. Desde el campamento español se le enviaban alimentos, dinero y ropa, como fórmula para contribuir a su recuperación en la plaza

¹⁵ BL, Ms., Add. 30.041, *Diary of the siege of Gibraltar*, fol. 168 vto.

¹⁶ A propósito de la huida al campo enemigo de dos granaderos de las guardias valonas de servicio en Santa Bárbara, reflexionaba un oficial español: "No bastan castigos ni todas las precauciones imaginables para contrarrestar el espíritu de desertión de esta tropa". *Extracto de algunos diarios de sitios...*, fol. 31.

que tenía tan serios problemas de abastecimiento. Murió un mes después, siendo conducido en solemne procesión, con escolta de granaderos y presencia de Elliot, hasta la barca que habría de conducirlo al campo español. Su féretro embarcó, seguido de tres salvas de artillería, acompañado del dinero, pollos y alimentos que habían sobrado.

A lo largo de más de tres años se sucedieron los combates y las curiosidades. En enero de 1780 llegó el almirante Rodney, aprovisionó la plaza y, debido a los vientos contrarios, permaneció en Gibraltar durante veinticinco días, bloqueando a los bloqueadores, que no pudieron recibir los suministros que solían llegar por mar desde la costa malagueña. Sin embargo, en Gibraltar estos episodios fueron más frecuentes y prolongados, a pesar de que la escasez de suministros en el Peñón no era rigurosamente cierta. Venía provocada por los comerciantes que especulaban con el precio de todo tipo de productos, haciéndolos subir al administrar hábilmente la cantidad que iban sacando de sus almacenes al mercado. Elliot había fomentado el abandono de la plaza de la población no combatiente y establecido una severa normativa para ahorrar provisiones: hubo que sacrificar todos los perros; asimismo, los caballos cuyos dueños no pudiesen acreditar mil libras de pienso para su mantenimiento; los soldados no podrían seguir empolvando sus cabellos con harina o polvo de arroz, según era tradición. La aplicación de la pena de muerte por el delito de robo fue una dura respuesta para los ladrones.

Las penalidades fueron mayores para los civiles, ya que la tropa, aun en los momentos de mayor necesidad, tenía garantizada su ración. El soldado recibía "de prest" 21 cuartos y el pan. Con la abundancia de provisiones que trajo la flota, los precios de los productos de primera necesidad rondaban los 6 cuartos el cuartillo de vino, el arroz estaba a 12, como la vaca, el carnero a 16, la botella de cerveza a 20 cuartos, la libra de pan a ocho. Todo ello más barato que en el campo español.¹⁷ Estos precios están dados en moneda española, síntoma de la excelente relación entre la guarnición y su entorno en épocas de paz. De hecho, la moneda de uso corriente en Gibraltar era el real español y su fracción de cobre, el cuartillo.¹⁸ Sin embargo, cuando el bloqueo conseguía mantenerse de manera eficaz, la ración se recortaba de forma alarmante. En el verano de 1782, dos meses antes del ataque de las flotantes, se reducía por cada soldado a tres libras de carne y cinco de



Ilustración 9. Mercenario alemán en Gibraltar. Durante el Gran Asedio sirvieron tres regimientos hannoverianos a las órdenes del general Elliot.

¹⁷ Biblioteca de Ingenieros, 3-5-4-1, *Diario del teniente general...*, fol. 72.

¹⁸ J. Drinkwater, *op. cit.*, págs. 40 y 45 y J. Spilsbury, *A journal of the siege of Gibraltar (1779-1783)*, Ed. B.H.J. Frere, Gibraltar Garrison Library, 1908, nota introductoria.

pan por semana, sin vino ni aguardiente. Soldados y población civil del Peñón acusaban a los comerciantes de manipular para elevar el precio de todo tipo de productos. Pensaban que los pescadores genoveses realizaban pequeñas capturas a propósito, de manera que el precio del pescado se mantuviese alto.¹⁹ La ratificación de todas sus sospechas tuvo lugar cuando llegó la flota de Darby, en la primavera de 1781. Las bombarderas de Barceló y la artillería de la Línea atacaron con intensidad para obstaculizar su descarga, causando incendios y derrumbes que dejaron al descubierto almacenes de los especuladores repletos de provisiones. Los excesos de la soldadesca, harta de sufrir privaciones, resultaron difíciles de controlar. Esta había permanecido abstemia por no tener con qué pagar la bebida. En aquel momento de abundancia se produjeron algunas muertes por crisis etílicas.²⁰ Los españoles no supieron aprovechar esta situación de caos, quizás porque la desconociesen, y poco después todo volvió a la normalidad, la disciplina se restableció y el asedio continuó con tan pocos visos de servir para algo como antes (ilustración 9).

Las tropas católicas que asediaban a los "herejes anglicanos", que es una de las fórmulas con que se gustaba enfocar la cuestión, disfrutaban de algunas dispensas papales para hacer más llevadera su ardua labor. A principios de 1781 vencía la autorización para comer carne en Cuaresma, por lo que en el mes de marzo llegó la bula que la prorrogaba durante otros dos años más.²¹

ASPECTOS DEL BLOQUEO NAVAL DURANTE EL GRAN ASEDIO

Durante el Gran Asedio, y a diferencia de los intentos precedentes, las operaciones navales contaron con tantos recursos, buena disposición y proyectos como pocos resultados positivos. Gibraltar debía rendirse por un bloqueo más marítimo que terrestre, para lo que se procuró interceptar sus diferentes vías de suministro naval. Éstos llegaban desde Marruecos, donde Tánger era el *domestic market*²² de la guarnición del Peñón hasta que en 1780 quedó cerrado al comercio británico por el acuerdo entre Carlos III y el sultán marroquí; también del Mediterráneo, fundamentalmente de Menorca, que fue conquistada a principios de 1782 por Crillon; asimismo de Portugal,²³ fiel aliada de Gran Bretaña hasta que en el mismo 1782 se adhirió a la liga armada organizada en Europa en contra del bloqueo general decretado por Inglaterra contra los Estados Unidos, que amenazaba incluso a los barcos de pabellón neutral; final y naturalmente las propias Islas Británicas, cuyas rutas de aprovisionamiento recibían las mayores atenciones. El bloqueo hispanofrancés entre el archipiélago enemigo y el Peñón se organizaba en tres escalones: una flota aliada, aunque básicamente francesa, patrullaba en Brest (Bretaña) para interceptar el tráfico marítimo entre las islas y sus territorios transoceánicos, América, la India y el Mediterráneo, componía el primer escalón del dispositivo; el grueso de la armada española patrullaba entre los cabos de San Vicente y Espartel y el golfo de Cádiz, dependiendo de la época del año; finalmente, la escuadra de Barceló, compuesta por unidades sutiles, alguna fragata y, durante algún tiempo, por uno o dos navíos, se encargaba del Estrecho y la Bahía.

¹⁹ Catherine Upton, *The siege of Gibraltar*, Londres, sin fecha, citado por G. Hills., *op. cit.*, pág. 391.

²⁰ Samuel Ancell, *A circumstantial journal on the long and tedious blockade and siege of Gibraltar from the twelfth of september, 1779, to the third day of february, 1783*, Liverpool, 1785, pág. 125.

²¹ R.A.H^o., *Papeles referentes al tercer y cuarto sitio de Gibraltar...*, fol. 16 vto.

²² J. Drinkwater, *op. cit.*, pág. 114.

²³ S. Ancell, *A circumstantial journal on the long and tedious blockade and siege of Gibraltar from the twelfth of september, 1779, to the third day of february, 1783*, Liverpool, 1785, págs. 122 y 123.

A título anecdótico se mencionará un atrevido hecho de armas protagonizado por la tripulación de corbeta española de 16 cañones *Santa Catalina*, integrante de la séptima división naval de la flota combinada del conde de Orvillers y de Luis de Córdova y botada en 1778 en El Ferrol.²⁴ El capitán de la corbeta escribe a su padre desde Brest, el 17 de agosto de 1780(?), narrando la arriesgada captura de una balandra corsaria inglesa de 10 cañones al mando de su marinería embarcada en botes. A pesar del vivo fuego con que se defendieron los ingleses, los españoles tomaron la balandra al abordaje, en una acción de las que salpican las aureoladas páginas de la historia naval británica pero que rara vez se recuerdan cuando los vencedores eran los contrarios. Es un ejemplo del diferente aprovechamiento que la historiografía inglesa e hispana han hecho habitualmente de hechos de armas de similar enjundia, exaltados por una y despreciados hasta el olvido por la otra.

A este respecto citaremos un papel del XVIII, redactado en español y conservado en un archivo inglés que lleva por título *Juicio que hace un imparcial de la conducta de el Almirante Rodney*. El mismo contiene joyas como las siguientes: "Así es como los Ingleses procuran ocultar a cada instante todas las desgracias que experimentan, sin dejar e publicar por una u otra parte, con mucho emphasis, los más pequeños sucesos, quando ellos salen Victoriosos", en alusión a la supuesta bravuconería de Rodney. Al respecto señala, aludiendo al almirante británico, que "este modesto caballero vendió la Pelliça del Oso quando, hablando de don Josef Solano, dijo a su Corte que iba a dar buena cuenta de los Españoles, y tuvo el cuidado de evitar diestramente su encuentro quando vio que estaba un poco mejor acompañado que don Juan de Lángara", quien, como es sabido, fue vencido por el inglés en San Vicente el 16 de enero de 1780, al presentar 21 navíos contra una flota española de 7 ó 9, según las fuentes consultadas,²⁵ a la que derrotó.

Aparte de las operaciones de las grandes flotas, durante el larguísimo asedio de Gibraltar se sucedieron innumerables acciones navales con intervención de embarcaciones sutiles que mostraron la audacia de los hombres de mar de ambos bandos en ellas involucrados. El cotidiano desafío del bloqueo hacía que pequeñas y rápidas embarcaciones británicas desafiaban la velocidad y la puntería de las españolas, escabulléndose con frecuencia de sus enconadas persecuciones. Se consideraban a salvo cuando lograban ponerse "bajo el tiro del cañón de la plaza", según expresión de la época. Pero, a veces, ni siquiera esa posición era segura ante el empeño de los perseguidores. El jabeque *África*, de la dotación de Ceuta, se distinguió al interceptar una embarcación danesa que llegó a Punta Europa. Su capitán, Salvador de Mesa, metió su barco entre la presa y los cañones ingleses, que lo atacaron con insistencia, ahuyentando a su vez a las lanchas que salían de la plaza para remolcar al mercante y conduciéndolo a aguas españolas.²⁶ También fue muy comentada la hazaña de las lanchas españolas que consiguieron recuperar el jabeque *San Luis*, empujado por la corriente hacia la costa del Peñón el 14 de junio de 1782 en una tarde de calma chicha. Nada pudieron hacer el fuego de la artillería británica ni la docena de sus cañoneras que trataron de capturarle.

Es sabido que la historia oficial no siempre coincide con los hechos realmente acontecidos, sino que, con frecuencia, responde a los intereses de los que salieron triunfantes de cada conflicto, cuya versión puede maquillar la realidad, de manera que grandes errores quedasen difuminados o hechos poco heroicos no enturbiasen finales brillantes.

Quizás uno de los episodios más llamativos de las operaciones dirigidas por Crillon ante Gibraltar fue el ataque de las baterías flotantes o empalletados. Artilugios en teoría incombustibles e insumergibles diseñados por el ingeniero hidráulico francés Jean-Claude-Eléonore le Michaud d'Arçon. Se construyeron diez, cinco de dos puentes y cinco de uno, con un total de 214 cañones de bronce de a 24. Pero cuando entraron en posición lo hicieron a 800 metros de la costa en vez de los 400

²⁴ B.L., Add. 20.926, *Miscellaneous papers relating to the Spanish Navy*, fols. 452 a 453.

²⁵ T. Benady, *The Royal Navy at Gibraltar*, Gibraltar, Gibraltar Books, 2000, pág. 48, menciona 9, mientras que B.L., Add. 20.926, *Miscellaneous papers relating to the Spanish Navy*, fol. 461, contabiliza sólo 7.

²⁶ B. L., Ms., Add. 30.041, *Diary of the siege of Gibraltar*, 8-XI-1781, fol. 175.

previstos por su inventor. El buen hacer de los artilleros de Elliot con la "bala roja", proyectiles calentados al rojo antes de ser disparados, incendió algunas naves, siendo el resto quemadas por sus propios ocupantes, con gran pérdida de vidas y recursos. Pero ni ardieron tan rápidamente como a veces se ha pretendido, ni la actitud española fue tan ruin al seguir disparando la artillería del istmo mientras marinos ingleses ayudaban a recuperar náufragos españoles y franceses. Respecto a la primera afirmación gratuita debe recordarse el temor que suscitó entre los defensores la resistencia a los incendios que presentaron aquellas peculiares embarcaciones, que sólo tras todo el día recibiendo impactos comenzaron a arder.²⁷ Entonces, ya desarboladas y ante la dificultad de ser remolcadas por lanchas, se autorizó el incendio de todas por sus ocupantes, lo que se llevó a efecto durante la madrugada, colocándose camisas embreadas a las que no estaban ya ardiendo.²⁸ La segunda es sólo una verdad a medias. Fue principalmente el nutrido fuego inglés lo que hizo muy arriesgada la aproximación de lanchas para rescatar las tripulaciones, algunas de las cuales se hundieron por el exceso de peso de los hombres rescatados. Sin embargo, otras fueron alcanzadas por la artillería de Gibraltar,²⁹ aunque el mito que ha pervivido es el de la abnegada recuperación de náufragos por el capitán Curtis, jefe de la división de lanchas artilladas que, a imitación de las del almirante Barceló, actuaban desde Gibraltar. No obstante, la actitud de Curtis resulta loable sin duda, ya que las falúas británicas salvaron la vida a unos 350 náufragos.³⁰ Estas operaciones se desarrollaron mientras continuaba el tiro de las baterías avanzadas de la Línea de Contravalación simplemente porque no les había llegado la noticia del fracaso del ataque y de la operación de rescate que se vivía en el mar.

Este capitán Curtis es un personaje que alcanza notable fama en el Gibraltar asediado, y no sólo por protagonizar la acción reseñada. Resulta que, a comienzos de 1783, llegó un correo de la Corte al Campo de San Roque, comunicando a Crillón la noticia de haberse firmado la paz con Inglaterra. Dado el aislamiento de Gibraltar, la nueva le fue comunicada de inmediato a Elliot, con la propuesta de Crillón de la suspensión de las hostilidades. El Gran Asedio había finalizado en la práctica, aunque el gobernador británico no había tenido constancia oficial de su gobierno hasta el 10 de marzo, cuando llegó sir Roger Curtis en la fragata *Thetis* con la noticia, portando la banda roja de la *Order of the Bath* para el gobernador.³¹ Se trata del mismo capitán de la Armada, cuyo regreso al Peñón, de vuelta de Inglaterra, es relacionado por las fuentes inglesas con la comunicación oficial de los preliminares de paz.³² Esto constituye todo un símbolo, ya que este oficial había llegado por primera vez a Gibraltar tras la derrota del ejército en el que servía en Menorca, se distinguió como jefe de las fuerzas navales que defendían el Peñón y marchó a Londres, donde obtuvo el título de *Sir*, de donde habría regresado con la noticia del alto el fuego. No obstante, una fuente española de gran fiabilidad, que suele coincidir en sus detalles con Ancell y Drinkwater, explica que el 15 de febrero de 1783 llegó un correo a Crillón "con pliego de la corte de Londres para el de la plaza y a las 4 de la misma [tarde] pasó con él el príncipe Mazerano por la Puerta de Tierra, avanzándose con un tambor [...] salieron dos oficiales que recibieron dicho pliego".³³

Finalmente conviene comentar que lo que suele presentarse como ejemplo de la inexpugnabilidad de las sólidas defensas británicas, apenas dañadas por la artillería de las flotantes, fue simple corroboración del dicho francés de que "un cañón en tierra equivale a un barco en la mar". En septiembre de 1782 se repitió exactamente lo ocurrido en 1704, con el ataque de Rooke. Entonces, rendida la plaza por el general Salinas al representante de Carlos III de España,³⁴ el príncipe de Hesse-

²⁷ Jackson, *op. cit.*, pág. 175.

²⁸ BL, Ms., Add. 30.041, *Diary of the siege of Gibraltar*, 13-IX-1782, fol. 234.

²⁹ J. Drinkwater, *op. cit.*, pág. 295.

³⁰ 335 según BL, Ms., Add. 30.041, *Diary of the siege of Gibraltar*, 15-IX-1782, fol. 235 y 362 según Add. 38.606, *Journal of the Headquarters...* de Boyd, fol. 64.

³¹ BL, Add. 38.606, *Journal of the Headquarters...* de Boyd, fol. 118.

³² J. Drinkwater, *op. cit.*, pág. 346; S. Ancell, *op. cit.*, pág. 248; G. F. Jackson, *op. cit.*, pág. 178.

³³ BL, Ms., Add. 30.041, *Diary of the siege of Gibraltar*, 15-II-1783, fol. 265.

Darmstadt, sus hombres pudieron comprobar que el intenso bombardeo naval que le habían dedicado no había dejado huella en las defensas españolas,³⁵ a pesar de que el mismo príncipe dejó constancia de un fuego "tan intenso que nunca vieron los hombres cosa semejante".³⁶

El resultado del ataque de las quiméricas flotantes de d' Arçon no debió sorprender más que a quienes dejaron que la razón se les nublaste por la desesperanza ante la resistencia del Peñón, fiando sus últimas ilusiones a la propuesta del arbitrista francés. No en vano Bravo de Acuña expuso con claridad el siglo anterior lo infundado de este tipo de proyectos, cuando explicaba que:

Lo que el enemigo puede intentar por la mar contra la Ciudad será bien infructuoso, pues quando trate con su Armada (por poderosa que sea) cañonearla, poco daño le puede redundar [...] porque no sólo dando bordos el bajel, mas quando esté surto, y la mar con mucha quietud, no pueden hazer puntería que haga efecto para abrir batería en muralla, que es fuerza sea con mucha cantidad y unión [...] y para qualquier acaezimiento el enemigo a de pelear desde murallas inferiores de madera, y sin fundamento contra superiores, y de piedra fundadas sobre tierra firme.³⁷

OTRO FRACASO DE LA GUERRA

Gibraltar nunca podría ser tomada sin alcanzar sus enemigos la superioridad en el mar, aunque fuese de manera transitoria, y éste sería espacio de dominio inglés al finalizar el siglo XVIII y durante muchas décadas después. Los ejércitos borbónicos habían tratado de adelantar sus baterías, partiendo de la Línea de Contravalación, para tener a su alcance las defensas británicas, neutralizar su artillería y abrir brecha, pudiendo entonces iniciar el ataque por el frente marítimo con tropas embarcadas, para lo que se dispusieron centenares de lanchas en Puente Mayorga (ilustración 10). Pero todos esos planes se cumplieron de forma muy parcial. Las operaciones de ataque avanzaron muy lentamente al principio, quizás porque a la vez



Ilustración 10. Sargento de granaderos de las Reales Guardias Españolas, las "tropas de élite" que habrían de encabezar el asalto a la plaza cuando se hubiera abierto brecha en sus murallas durante el Gran Asedio.

³⁴ Por más que al pretendiente Carlos de Austria no le correspondiese la corona al no haber sido designado heredero al trono por Carlos II, había sido coronado rey en Barcelona en 1705.

³⁵ BL, Mss. Add. 10.034, Sch. 50.190, *Reports relating to Gibraltar*, W. Skinner, 1757, fol. 5 vto.: "The continued fire of this fleet [...] made no breach or very little impression on the walls", hasta el punto de que los lugares más batidos por la artillería anglo-holandesa no requirieron reparación alguna.

³⁶ Citado en J. Pla Cárceles, *El alma en pena de Gibraltar*, Madrid, Editora Nacional, 1955, pág. 49.

³⁷ J. A. Calderón Quijano, *op. cit.*, págs. 55 y 56.

se producían intentos de negociación, de manera que en junio de 1782 se habían construido pocas obras avanzadas, sin alcanzar siquiera los huertos cercanos a la laguna. Las baterías más adelantadas eran las de San Carlos, San Pascual y San Martín, entre las que halló la muerte el literato y coronel de caballería José Cadalso. Crillón reorganizó estas operaciones de asedio, dando un decidido impulso a las obras, que en el transcurso de una sola noche se multiplicaban ante los ojos atónitos de la guarnición británica. Hizo adelantar notablemente sus baterías y preparó el asalto definitivo que, con la participación de las baterías flotantes, como ya se comentó, habría de decidirse en uno u otro sentido al final del verano de 1782.

Habiendo fracasado el ataque naval, el asedio prosiguió llevando a Elliot y su guarnición a la extenuación, hasta que un violento temporal dispersó la escuadra de bloqueo del almirante Luis de Córdova, franqueando el paso a un nuevo convoy de aprovisionamiento inglés. Gibraltar había resistido una vez más y el adecuado manejo de este éxito apagó el fracaso inglés en Menorca ante Crillón (4 de febrero de 1782, capitulación de Mahón), la rendición de Campbell en Pensacola ante las fuerzas del general español Gálvez (10 de mayo de 1781) o el desastre de Cornwallis en Yorktown frente a George Washington (19 de octubre de 1781), que condujo a la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.